

LO INTIMO EN LA UNIVERSIDAD *

Luis SANCHEZ AGESTA

Todos sabemos que uno de los actuales problemas de la vida universitaria es el ritmo creciente con que aumenta la cifra de los inscritos en sus cursos. No me atrevería yo a calificar este crecimiento como madurez; más bien creo que significa una crisis de la Universidad. Entendámonos. La palabra crisis no está forzosamente unida a una valoración peyorativa. Hay crisis de muerte y de decadencia, pero también hay crisis de crecimiento y de transformación. No es precisamente el que la Universidad muera o languidezca lo que nos inquieta hoy. Aunque pueda parecer paradójico, nos alarma ese mismo exceso de vitalidad.

La primera consecuencia tangible es que a todas las Universidades se les ha quedado la ropa chica. Las instalaciones de hace cincuenta años son hoy totalmente insuficientes; los cuadros de profesores están rebasados por la cifra de los escolares. Todo es relativo. Si el catedrático de provincias recuerda con añoranza aquellos cursos que no llegaban al centenar, el catedrático de Madrid mira con envidia a su colega que en una capital de provincias no llega aún a los trescientos alumnos. El problema es universal y nuestras preocupaciones nos parecen ridículas cuando repasamos las estadísticas de París o Nueva York. Hay, sin duda, que aumentar las instalaciones, que multiplicar el profesorado hasta establecer una proporción humana en su relación con los alumnos. Una clase de más de cien alumnos rebasa el ámbito en que cabe establecer el diálogo de la enseñanza. En la Universidad de Nueva York la proporción está fijada en un profesor para cada treinta alumnos.

Y con ser grave este problema de medios, hay una segunda cuestión aún más delicada, en este desorbitado crecimiento de la Universidad. El profesor no sabe quiénes son sus alumnos, los escolares se ignoran entre sí y algunos profesores de una misma Universidad no se conocen. Esta dilatación de la Universidad ha rebasado ese ambiente de intimidad en que florece un espíritu común. No es la idoneidad de los medios docentes lo que está en juego, sino la misma entidad corporativa de la Universidad, que se resiente cuando proporcionamos los medios a esa nueva realidad. Esos cuadros de varios centenares de profesores de diversas jerarquías, esas masas de escolares que entran anónimamente en nuestras aulas, acaban siendo ferozmente individualistas en razón de su mismo número. Difícilmente se despertará en ellos una conciencia común, un espíritu de colaboración, una coordinación de esfuerzos en una misma empresa. La Universidad actual comienza a dar un poco la impresión de que cada uno va a lo suyo, sin preocuparse mucho de los demás. El catedrático explica su cátedra como un asunto personal, desconectado de las restantes enseñanzas de la misma Universidad. De la calle al aula, y del aula a la calle; y quien dice aula, dice clínica o laboratorio. Los estudiantes no sienten un mayor espíritu de solidaridad. Y no entremos en el escabroso problema de la relación entre alumnos y profesores.

Sin duda ésta es una visión pesimista que admite tantas excepciones como se quieran establecer. Trato simplemente de describir un mal que todos conocemos. Si alguien estima que recargo las tintas, anótese en la página de las

* Revista *Alcalá*, 1952.

excepciones o cárguelo en la cuenta de esa inevitable exageración con que hay que presentar los problemas para que sean entendidos. Pero el problema está ahí y me parece más grave que cualquier otro que podamos plantear. En el fondo encierra la tremenda paradoja de una decadencia por exceso de crecimiento, de un peligro de muerte por exceso de vitalidad. Una Ciudad Universitaria ya no es una Universidad. El signo de nuestro tiempo se ha dicho que era lo colosal, pero la Universidad, por su propia naturaleza, está desplazada de un mundo en que impere el anónimo colosal de una masa.

Cada vez son menos las notas con que la Universidad vibra en común. Debemos pulsarlas con tacto. Pero la solución habremos de buscarla, como en todo aquello que se hace demasiado grande para vivir con un solo ritmo, multiplicando los centros de vida interna, descentralizando esa entidad polifacética y compleja que es la Universidad actual. Los Colegios Mayores, los Centros de Investigación que unen a varios profesores en una tarea común, los Claustros en que conviven los miembros de una Facultad, todos esos órganos menores que integran el cuerpo de la Universidad, pueden recrear ese espíritu de intimidad, de comunidad corporativa, en el que vuelva a renacer la Universidad como el símbolo de una tarea común.